



Universidad del País Vasco Euskal Herriko Unibertsitatea

DEPARTAMENTO DE FROLOGÍA INGLESA Y ALEMANA Y DE TRADUCCIÓN E INTERPRETACIÓN
INGELES ETA ALEMANIAR FILOLOGI ETA ITZULPENGINTZA ETA INTERPRETAZIOKO SALA

TRASVASES CULTURALES:

LITERATURA
CINE
TRADUCCIÓN

3

Eds.: Eterio Pajares
Raquel Merino
J. M. Santamaría

Servicio Editorial
UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO



Argitalpen Zerbitzua
EUSKAL HERRIKO UNIBERTSITATEA

La publicación de este volumen ha sido posible gracias al patrocinio de:

Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea
Departamento de Cultura de la Diputación Foral de Álava
Departamento de Educación, Universidades e Investigación del Gobierno Vasco
Departamento de Filología Inglesa y Alemana y de Traducción e Interpretación

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopiado, sin permiso previo y por escrito de la entidad editora, sus autores o representantes legales.

Debekatuta dago liburu hau osorik edo zatika kopiatzea, bai eta berorri tratamendu informatikoa ematea edota liburua ezein modutan transmititzea, dela bide elektronikoz, mekanikoz, fotokopiaz, erregistroz edo beste edozein eratarata, baldin eta *copyrightaren* jabeek ez badute horretarako baimena aurretik eta idatziz eman.

© Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco
Euskal Herriko Unibertsitateko Argitalpen Zerbitzua

Portada/Azala: Sixto González

I.S.B.N.: 84-8373-356-0

Depósito Legal/Lege Gordailua: BI-1569-01

Composición/Konposizioa: Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco
Euskal Herriko Unibertsitateko Argitalpen Zerbitzua

Impresión/Inprimatzea: Itxaropena, S.A.
Araba Kalea, 45 - 20800 Zarautz (Gipuzkoa)

La pervivencia de la literatura anglosajona: reescritura, traducción, creación

Susana Fidalgo Monge
Universidad de León

Si desgranamos el título de nuestra comunicación en partes y explicamos cada una de ellas individualmente, el primer punto al que deberíamos hacer referencia es al de literatura anglosajona. Si la tendencia general es considerar *anglosajón* todo aquello que procede de cualquier país cuya lengua es el inglés, en nuestro caso, el término hará referencia a la literatura escrita en lengua vernácula en Gran Bretaña entre los siglos VI y XI. Se trata, por lo tanto, de la literatura compuesta en inglés antiguo y que ha llegado hasta nosotros, casi en su totalidad, en cuatro manuscritos del siglo X, copiados en la variedad dialectal considerada *koiné*: el sajón occidental. Dentro del corpus de la literatura anglosajona destaca la obra poética, que es mayoritaria. Se conservan unos 30.000 versos en inglés antiguo que se reparten en composiciones de muy diversa índole y que tradicionalmente se han agrupado en: poesía religiosa, poesía épica y poesía elegíaca. Los dos últimos géneros mencionados y cuyos máximos representantes son *Beowulf* y *The Seafarer*, respectivamente, son los que mayor atención han recibido por parte de la crítica, al ser considerados únicos, precursores y predecesores de la literatura occidental, nacidos en un momento en el que el resto de Europa vivía sumida en la crisis impuesta por la caída del Imperio Romano.

Una vez aclarado este punto, podemos trasladarnos a la cuestión de la pervivencia. Un simple vistazo a las estanterías de cualquier librería nos ofrece un inagotable número de títulos de novelas que tienen como principal fuente de inspiración la mitología germánica. Un complejo mundo de guerreros, runas y seres fantásticos arrastra a un asombroso grupo de adeptos, que crece cada año, y cuya fidelidad mueve enormes cantidades de dinero. La fiebre de la mitología germánica en nuestro país se inició, a principios de los 80, con la traducción de *The Lord of the Rings* de Tolkien. En la actualidad, la epidemia ha llegado a Hollywood que, además de estar preparando una superproducción de *El Señor de los Anillos*, cuyas primeras imágenes ya podemos ver en inter-

net, ha puesto en el mercado, en los dos últimos años, sendas películas *El guerrero n.º 13* y *Beowulf*, ambas inspiradas en el más famoso guerrero de la literatura anglosajona.

El éxito de todos los productos que hemos comentado supera con creces al de la literatura en la que tienen su origen, desconocida para la mayoría de sus defensores. Pocos saben, por ejemplo, que J. R. R. Tolkien, catedrático de anglosajón en Oxford, publicó en 1936 un artículo decisivo en la historia de los estudios anglosajones: «Beowulf: The Monsters and the Critics». En este trabajo, el autor reivindicaba el valor literario intrínseco de las obras anglosajonas, que parecía que los estudiosos habían olvidado. Durante todo el s. XIX, y siguiendo los presupuestos de la filología alemana, los textos de inglés antiguo habían sido objeto de numerosos estudios, ediciones y traducciones. El empuje del romanticismo y el positivismo, que deja de considerar la Edad Media un período oscuro y bárbaro, llevó a un florecimiento de los estudios anglosajones. Sin embargo, la aproximación a los textos del período se hizo desde una perspectiva histórica y filológica, no literaria. Se investigaba los orígenes de las obras y todas las pistas que en los textos podían ayudar a reconstruir una lengua, una época y una cultura. Tolkien anima, por primera vez, a un estudio de los textos anglosajones como auténticas obras de arte, cuyos valores van más allá de lo puramente histórico y son atemporales.

Muchos años más tarde asistimos a una reivindicación del mismo tipo en el prólogo de la última traducción de *Beowulf* al inglés moderno, llevada a cabo por el Nobel Seamus Heaney y publicada el año pasado (p. ix):

The fact that the English language has changed so much in the last thousand years means, however, that the poem is now generally read in translation and mostly in English courses at schools and universities. This has contributed to the impression that it was written (...) «on official paper», which is unfortunate, since what we are dealing with is a work of the greatest imaginative vitality, a master-piece (...). Its narrative elements may belong to a previous age but as a work of art it lives in its own continuous present, equal to our knowledge of reality in the present time.

La literatura anglosajona, como el conjunto de la literatura medieval, ocupa una posición marginal y minoritaria dentro de las preferencias del público y de las editoriales, quizás influenciados, aún, por los prejuicios neoclásicos. La difusión y el estudio de esta literatura se limita, como señalaba Heaney, al ámbito académico y universitario y se encuentra muy alejada del gran público. Para el lector contemporáneo las dificultades que plantean los textos anglosajones, las diferencias en cuanto a convenciones poéticas, la temática y la imposibilidad de acceder a las obras en su lengua original resultan escollos casi imposibles de superar. Michael Alexander, uno de los mayores defensores de la

literatura anglosajona, afirmaba que, a pesar de tratarse de la primera literatura vernácula de occidente, la literatura anglosajona nunca podrá ser considerada una de las grandes literaturas universales, en gran medida, porque todas nuestras ideas de religión y arte proceden del Mediterráneo. Esta afirmación que puede resultar obvia para los que desconocen esta literatura no lo es tanto para aquellos que alguna vez se han aproximado a ella. Sin embargo, dentro del propio ámbito académico, el tema de la posición que la literatura anglosajona debe ocupar dentro de los currícula universitarios no se ha visto tampoco exenta de polémica. La universidad de Oxford, que desde 1750 en que se fundó la primera cátedra de anglosajón, ha tenido una tradición de estudio ininterrumpida tanto de inglés antiguo como de literatura anglosajona, vivió a principios de los 90 una fuerte controversia entre los defensores y los detractores que pretendían relegar la posición de los estudios anglosajones dentro de las carreras. Uno de los puntos en los que se fundamentaron los defensores de estas disciplinas, entre ellos Peter Jackson y Graham Holderness, fue la continuidad literaria. La forma y el contenido de la literatura anglosajona ha estado presente prácticamente desde el s. XIV en toda la tradición literaria en lengua inglesa. La necesidad de volver a los orígenes ha sido otro de los argumentos esgrimidos a la hora de resaltar la importancia de la literatura anglosajona. En este sentido, uno de los nombres claves es el de Ezra Pound, imprescindible cuando tratamos el tema de los procesos de reescritura en la literatura anglosajona (entrando así en la parte del título situada a la derecha de los dos puntos).

En 1911, Ezra Pound publicó su polémica traducción del poema elegíaco anglosajón *The Seafarer*. Desde su posición de lector privilegiado y con la idea de que traducir literatura es crear literatura, llevó a cabo una traducción que intentaba conservar lo más precisamente posible el sonido del original, aunque ello supusiese una modificación en el sentido. El resultado fue un poema de enorme valor literario que muchos dudan en calificar de traducción. Pound transforma un poema característico de la literatura anglosajona en algo distinto, a lo que los críticos han colocado la etiqueta de *interpretative translation* o *phonemic simulacrum*. La versión de Pound ha sido objeto de numerosos análisis e interpretaciones. Respondiendo a su carácter de polemista y de acuerdo con sus planteamientos ideológicos modernistas, lleva a cabo una versión dirigida a lectores que desconocen por completo la lengua anglosajona. Pound actualiza el tema del original, comete sonados errores de contenido (el famoso *byrig* como *berry*), sin duda deliberados, complica la sintaxis hasta los límites de la inteligibilidad y elimina una parte del poema (un total de 25 versos) para desposeer al texto de su valor cristiano.

El caso del *Seafarer* de Pound y su valía como traducción, cuestionada por muchos, pone de manifiesto el estrecho margen que existe entre conceptos como traducción, adaptación o el, más general, de reescritura. Al término «adaptación» se le ha asignado tradicionalmente, y desde perspectivas pres-

criptivistas, un valor negativo. Una visión de la traducción más flexible y menos normativa considera que cualquier traducción se caracteriza, precisamente, por el grado de adaptación que presenta. El concepto de reescritura, por su parte, fue introducido por Lefevere (1985) para referirse a: «A range of processes, including translations which can be said to reinterpret, alter and manipulate an original text in some way». Los procesos de reescritura contribuyen a construir la imagen de un escritor o/y una obra literaria y son el único medio de garantizar la supervivencia de los mismos. En este sentido, el poema de Pound, puesto al servicio de un objetivo claro y realizado al servicio de una ideología concreta, ha sido fundamental y sigue contribuyendo, a pesar de casi el siglo transcurrido, a la pervivencia entre el público contemporáneo y menos especializado de la literatura anglosajona.

Si dentro de la cultura anglófona la posición que ocupa la literatura anglosajona es marginal, el conocimiento que el lector español no especializado tiene de estas obras roza lo anecdótico. Los estudios anglosajones entraron en nuestro país de la mano de las primeras facultades de Filología y las primeras traducciones de fragmentos de textos del inglés antiguo no vieron la luz hasta finales de los años 40. Los años 50, sin embargo, sí que presenciaron, especialmente al otro lado del Atlántico, varios trabajos que abrieron el camino de los estudios anglosajones en nuestro país. La primera traducción en español de Las Elegías anglosajonas la llevó a cabo en Argentina Isle M. de Brugger (1954) y el primer traductor de *Beowulf* en nuestra lengua fue el chileno Orestes Vera Pérez, aunque, en esta ocasión (1959), la traducción se publicó en España. A partir de la década de los 60 y dentro de ámbitos universitarios promovidos por figuras de la talla de Emilio Lorenzo, primer catedrático español de Filología Germánica, los departamentos de Filología Moderna, han comenzado a dar cobijo a un número creciente de estudiosos, trabajos, traducciones relacionados con la literatura anglosajona. La aparición de foros como SELIM ha permitido entrar a nuestros especialistas en contacto con los más prestigiosos centros de investigación en estudios anglosajones y con las personas encargadas de llevar a cabo esos estudios. Sin embargo, este progreso no ha supuesto un acercamiento de la literatura anglosajona al público español. Se traduce poco, pero prácticamente todo aparece publicado en el restringido marco de la Universidad. Las traducciones van dirigidas a los propios alumnos que ven en ellas una guía para la aproximación a los originales. Muy pocas han sido las traducciones que han aparecido publicadas en editoriales de amplia difusión. Solamente Alianza y Seix Barral han puesto en marcha proyectos de este tipo. Ni siquiera aquellas editoriales, Gredos o Siruela, que han demostrado un mayor interés por la tradición literaria medieval con colecciones especializadas cuentan entre sus títulos con obras del período que nos ocupa. Por ello, fuera de lo que es la dinámica general de los estudios de literatura anglosajona en España destaca la figura de un escritor, que ha sido el máximo responsable de trasladar

la magia de la literatura anglosajona y de la tradición germana al ámbito del español: Jorge Luis Borges. Bilingüe y ávido lector de Kipling y Whitman; Borges descubrió la lengua y la literatura de los Anglos, Jutos y Sajones en su madurez, en la que se dedicó con profusión, además, al estudio de la tradición escáldica islandesa. En un principio, el inglés antiguo le pareció una versión torpe de la lengua de Shakespeare hasta que, en compañía de sus alumnos de literatura bonaerenses, comenzó a descubrir «la cámara secreta que guarda la serpiente del mito» y que es la literatura anglosajona. Descubrió la belleza y sobre todo, la modernidad de los temas. Encontró el mar de Kipling y en el primer verso de *The Seafarer: Mæg ic be me sylfum so_gied wrecan* («May I about myself a true tale narrate»), descubrió a Whitman.

En la década de los 50 comenzaron sus primeros estudios. *Antiguas Literaturas Germánicas* (México, 1951), que en España vio la luz como *Literaturas germánicas medievales* hacía un recorrido por la literatura no solo anglosajona sino también por las tradiciones literarias alemanas y escandinavas. La obra incluía la traducción de numerosos fragmentos que tardarían en volver a publicarse completos en castellano. Su gran obra de traducción no llegó, sin embargo, hasta finales de los 70, cuando publicó, junto a María Kodama su *Breve Antología Anglosajona*. Se trata de una selección muy personal de textos, entre los que incluye piezas más conocidas como *Beowulf*, *El navegante* o *Deor* y otros poemas menos conocidos como *La sepultura*, del que desconocemos el original. De todas las traducciones es, sin duda, la que Borges hizo de *The Seafarer* la más representativa y la más estudiada. Se trata de una traducción en prosa que sólo comprende los 52 primeros versos del poema. En todas sus traducciones, que como las de Pound tampoco se han visto exentas de polémica, se observa cómo el universo creador del escritor se yergue sobre el plano de la translación fiel. Curiosamente, y, a pesar de aparecer incluidas en la Colección de Poesía de Ediciones la Ciudad, que el propio Borges dirigía, se trata de traducciones en prosa, quizás fiel a su idea de que la poesía es difícilmente traducible y de que ninguna versión moderna puede ofrecer del todo el auténtico y antiguo sabor de los versos originales.

Sin embargo, la particular relación de Borges con la literatura de los anglosajones traspasó los límites de la traducción. La figura que «casi convirtió la metaficción en un género en sí misma y en su sello y aporte a las letras del siglo XX» (*El País*, 28-5-00) impregnó del «oro escondido de los anglosajones» su obra de creación desde principio de los 60: *El hacedor* (1960), *El otro, el mismo* (1964), *Elogio de la sombra* (1969), *El oro de los tigres* (1972), *La rosa profunda* (1973) y *La memoria de hierro* (1976).

En todas estas obras nos encontramos poemas cuyos títulos hablan por sí solos: *Un sajón* (449 A. D.), *Hengist Cyning*, *A un poeta sajón* o *Brunanburh*, 937 A. D. El autor reproduce los contenidos de los poemas originales en un mundo de runas, espadas, reyes y batallas, al tiempo que impregna sus versos

del sabor de la repetición, la aliteración y los *kennings*, que convierten la guerra en *el encuentro de las lanzas*:

Lento en la lenta sombra labrarías (en *A un poeta sajón*)
Una espada,
Una espada de hierro forjado en el frío del alba,
Una espada con runas (en *Fragmento*)

Entremezclado su miedo a la ceguera, su caminar a la muerte y su deseo de inmortalidad, resucita la voz de poeta y del guerrero sajón en un intento de salvar su propia voz: *Y solo lo pasado es verdadero* (en *A una espada en York Minster*). A través de sus versos rinde homenaje a la lengua de los poetas que forjaron su alma de escritor:

Traía las palabras esenciales
de una lengua que el tiempo exaltaría
A música de Shakespeare: noche, día
Agua, fuego, colores y metales (en *Un sajón (449 A. D.)*)

La muerte y el destino, la inmortalidad de las hazañas que tanto preocuparon a los protagonistas de la poesía anglosajona, simbolizan la propia angustia de Borges, al borde de la noche de los ciegos.

El resumen perfecto lo constituye su poema *Composición escrita en un ejemplar de la gesta de Beowulf*:

A veces me pregunto qué razones
Me mueven a estudiar sin esperanza
De precisión, mientras mi noche avanza,
La lengua de los ásperos sajones.
Gestada por los años la memoria
Deja caer la en vano repetida
Palabra y es así como mi vida
Teje y desteje su cansada historia.
Será (me digo entonces) que de un modo
Secreto y suficiente el alma sabe
Que es inmortal y que su vasto y grave
Círculo abarca todo y puede todo.
Más allá de este afán y de este verso
Me aguarda inagotable el universo.

Borges consiguió con sus versos la inmortalidad, porque cuando el hombre muere, desaparecen sus rasgos y su nombre, siempre queda su *cantar de hierro* (en *A un poeta sajón*).

Borges, Pound y otros consiguieron con su reescritura de la literatura anglosajona la vida eterna para una de las más grandes literaturas de todos los

tiempos. El valor de estos poemas va más allá del tiempo y transporta al lector contemporáneo a la modernidad de la angustia y la muerte. Primero Pound, luego Borges, Auden e, incluso Yourcenar abrieron la posibilidad al gran público de acceder a la magia anglosajona, que las traducciones, quizás demasiado academicistas les habían vedado.

BIBLIOGRAFÍA

- ALEXANDER, M (1983) *Old English Literature*. London: Macmillan
- BORGES, J. L. (1979) *Obra poética, 1923-1976*. Madrid: Alianza
- HEANEY, S. (1999) *Beowulf. A New Translation*. London: Faber & Faber
- HOLDERNESS, G. (1999) «Anglo-saxon Verse». *The European English Messenger*, vol. VIII: 34-40
- LEFEVERE, A. (1985) «Why Waste Our Time on Rewrites? The Trouble with Interpretation and the Role of Rewriting in an Alternative Paradigm», in THEO HERMANS (ed) *The Manipulation of Literature: Studies in Literary Translation*. London: Croom Helm: 215-43
- GALVÁN, F. (1992). «Rewriting Anglo-Saxon: Notes on the presence of Old English in Contemporary Literature». *Selim*, 2: 70-90